



VOCES DE LA CALLE

Jaime Muñoz Vargas



Las hay también de tres términos: “tentempié” (bocadillo, tente+en+pie), “enhorabuena” (felicitación, en+hora+buena), e incluso de cuatro: correveidile (chismoso, corre+ve+y+dile). Hay algunas en las que no se nota el aglutinamiento: “mentecato” (mente+captus, tomado de la mente) o “cantimplora” (canta+y+llora)...

Voces de la calle

JAIME MUÑOZ VARGAS



CUADERNOS DEL TALLER

En memoria de Héctor Acuña Nogueira, SJ



UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA TORREÓN

Juan Luis Hernández Avendaño

Rector

Armando Mercado Hernández

Director General Académico

Gustavo Antonio González Castañeda, SJ

Director General del Medio Universitario

Sanjuana Rosa Márquez García

Centro de Difusión Cultural

Voces de la calle

Octubre de 2023

©Jaime Muñoz Vargas

jaime.munoz@iberotorreon.edu.mx



Grupo de
Editoriales
Universitarias
AUSJAL

Jaime Muñoz Vargas

Edición

Formación Universitaria y Humanista de La Laguna, A.C. (Universidad Iberoamericana Torreón). Calzada Iberoamericana 2255. Ejido la Unión, Torreón, Coahuila. C.P. 27420.

Impreso en México

PRESENTACIÓN

La más importante y decisiva creación humana la tenemos siempre frente a nosotros, tan a la mano que ni siquiera es necesario estirar el brazo para asirla. Es el lenguaje, la posibilidad de articular palabras y, con ellas, cristalizar el asombro de comunicar desde lo más sencillo hasta lo más complejo. Quien advierte esta maravilla no tiene ya escapatoria: como todo pasa por las palabras, la vida es un permanente catálogo de posibilidades para el goce y la reflexión.

Hay un ensayo en el que Borges analiza versos de cuño populachero. Los ha elegido deliberadamente burdos para demostrar que hasta la escritura menos esmerada admite una explicación ceñida a la retórica: cualquier criatura de palabras posibilita la observación de su engranaje. Así entonces, en todo lo que enunciamos hay aciertos o pifias, hallazgos deslumbrantes o expresiones gastadas, logros impecables o transgresiones de la lógica, poesía o fealdad, fluidez o tortuosidad, inteligencia o estupidez.

Lamentablemente, como nos son tan naturales, pasamos a través de las palabras sin pensar en ellas, como si no fueran el producto más acabado y perfecto de la cultura humana. Suelo referirme a esta indiferencia cuando comento los primeros dos versos del archiconocido huapango “La mala-

gueña”, que cantamos sin pensar: “Qué bonitos ojos tienes / debajo de esas dos cejas”, y ya desde allí hay algunos disparates: es obvio que los ojos están “debajo” de las cejas, y además no es necesario decir que las cejas son dos, pues no es habitual encontrar seres humanos con tres o más cejas que sirvan de ornamento para tres o más bonitos ojos.

En la conversación familiar, en la publicidad, en el periodismo, en el diálogo que entablamos con el compa de la vulka cuando se nos poncha una llanta, en una conferencia de las pleonásticamente llamadas “magistrales” (si la conferencia no implica magistralidad, ¿qué caso tiene ofrecerla?), en las clases, en los memes, en todos lados se abren posibilidades para indagar en los entresijos de la palabra. Lo único que hace falta es un poco de curiosidad y aceptar que nada define mejor al ser humano que el hecho prehistórico de hablar y —más recientemente, desde hace cinco mil años— de escribir.

Voces de la calle es, en síntesis, un testimonio quizás un tanto juguetón, pero en el fondo serio, de mi inacabable estupor ante el instrumento que, por ejemplo, me ha permitido llegar hasta aquí, a este párrafo, y saber que soy, quevedianamente, escuchado con los ojos de quien lee. Bienvenidos pues a este manojito de perplejidades cuyo título encontré en unos versos de Joan Manuel: “Pero puestos a escoger soy partidario / de las voces de la calle / más que del diccionario”.

TERQUEDAD DEL NÁHUATL

Llegué tarde al aprendizaje del náhuatl y acaso al aprendizaje de todo, pero eso no es obstáculo para disfrutar algunas de sus voces y considerarlas grato santo y seña de mexicanidad. Me gusta pues verlas aparecer en casi cualquier diálogo mexicano y concluir secretamente que en el comercio de esas palabras está buena parte de nuestra manera de comunicar. El caso de esta lengua y su arraigo en un país, México, nos permite ver al paso que la lengua vencedora no borra completamente la lengua del vencido: pese a que el español se impuso, el náhuatl dejó una enorme cantidad de palabras que hasta la fecha convive con nosotros y nos identifica.

Como bien lo sabemos, el español que traían Colón y sus hombres muy pronto comenzó a poblarse de americanismos. Se dice que la primera palabra del llamado “nuevo mundo” inmiscuida con el castellano —esto en el *Diario* de Colón— fue “canao”, pues el almirante vio desplazarse a los aborígenes en almadías, hermosa palabra árabe, que renglones después sustituye con la palabra que oye a los nativos: canoa (hecha “del pie de un árbol, como un barco luengo y todo de un pedazo. Remaban con una sola pala como de fornero”, es decir, pala de hornero, de panadero). Como este sustantivo del taíno, otros han sobrevivi-

do: “huracán”, “maíz”, “macana”, “caníbal”, “tiburón”, “hamaca”, todas palabras que pasaron a ser útiles en el castellano global.

Los pueblos originarios enriquecieron con algunas de sus palabras al español, y el náhuatl no fue la excepción. Repito por ello con frecuencia que el nahuatlismo más popular en el mundo es “chocolate”, dado que el producto al que designa es de uso mundial. Lo mismo, siento, pasa con “tomate”, y un poco menos con “chicle”, “aguacate” y “cacahuate”. Pienso que gracias a una caricatura, la del correcaminos, el nahuatlismo “coyote” alcanzó una presencia parecida. Similares a estos nahuatlismos, hay quechuismos famosos en todo el mundo como “pampa” y “cancha”, o guaranismos también populares: “tucán” y “maraca”. En este último caso, creo que la palabra guaraní más famosa en el mundo es yaguareté, que occidentalizada ha llegado a ser una marca de carro: “jaguar”. Para hacer este breve paseo me he ayudado de *Historia de las palabras* (Sudamericana, Buenos Aires, 2011), delicioso libro de Daniel Balmaceda.

Un libro menos difícil de encontrar es el *Diccionario del náhuatl en el español de México* (UNAM, México, 2008), coordinado por el maestro Carlos Montemayor. Fue dividido en varias secciones, todas sumamente atractivas: “Sección de nahuatlismos”, “Sección de herbolaria”, “Sección de toponimias” y “Sección de dichos y refranes”. En la última,

por ejemplo, aparecen frases como “Caerle a alguien el chahuistle”, tan común entre nosotros cuando llega una visita inesperada o sucede alguna calamidad. Con frases como ésta nos entendemos bien en México.

Milenio Laguna, agosto 22, 2018

NOMBRES, NOMBRES

Princewill Chigozie Achinulo Ollerbides es el nombre de un joven futbolista que se desempeña en las fuerzas inferiores del club Pachuca. Este dato me fue revelado en un grupo de Whatsapp donde comparto saludos, chistes y noticias con varios futboleros de La Laguna. La ficha de Princewill Chigozie añade que es mexicano aunque nació en Texas, y que tiene 16 años ya entrados a 17. Su nombre, por supuesto, es lo que de golpe llama la atención, y no sabemos si es completamente inventado, artificial, o tiene su origen en alguna lengua poco conocida. Salvo el apellido “Ollerbides”, que muchos hemos visto escrito “Oyervides”, nada nos suena conocido en el nombre del joven, y ese “Achinulo”, por caso, lo mismo podría ser africano o derivado de alguna lengua aborígen americana. Vayan ustedes a saber.

Lo cierto es que la comunicación actual nos ha puesto frente a una onomástica infinita. Para ciertos ojos y oídos atentos es más o menos fácil distinguir, así sea vagamente, rasgos que delatan el origen de nombres y apellidos. Los apellidos más comunes en español son los que, por ejemplo, llevan al final la partícula “ez”, lo que indica patronímico, es decir, que en la antigüedad se formaron a partir del nombre del padre, de modo que la “ez” vendría

a significar, pues, algo así como “hijo de”: Gutiérrez es hijo de Gutierre, Pérez es hijo de Pero, Fernández es hijo de Fernando, Hernández es hijo de Hernán, Martínez es hijo de Martín, Sánchez es hijo de Sancho (como Panza, el del Quijote), López es hijo de Lope, Núñez es hijo de Nuño, Jiménez es hijo de Jimeno, Rodríguez es hijo de Rodrigo, Ramírez es hijo de Ramiro, y así muchos. Es de observar que a la fecha sobrevive el patronímico, pero en varios casos no el nombre del cual derivó, pues ya nadie o casi nadie se llama Gutierre, Pero, Sancho, Lope o Nuño. En otras lenguas ocurre más o menos lo mismo: Johnson es el hijo de John (John+son), o Fitzgerald, el hijo de Gerald, o McDonald el hijo de Donald.

Alex Grijelmo habla en alguno de sus libros sobre los cromosomas de las palabras. Son más o menos esos rasgos de los que hablo, como marcas que las palabras tienen y ayudan a identificar su origen; en el caso de los nombres propios esto es a veces muy evidente. Muchos nombres y apellidos de origen griego tienen facha de plurales por la “s” final: Sócrates, Aristóteles, Onassis, Papadópulos, Papadakis. Varios nombres de origen latino exhiben un diptongo (unión de dos vocales), como Flavio, Sergio, Manlio, Emilio, Silvia, Claudia y Aurelio (ambas tienen dos diptongos). Los nombres propios de origen hebreo llevan muy frecuentemente la partícula “el” al final, lo que significa “Dios”: Rafael, Gabriel, Ismael, Manuel, Samuel,

Abel, Miguel, Joel. El “berto” de Alberto, Gilberto, Roberto, Heriberto es germánico y significa “brillo, brillante”.

Como me gusta el quechua aunque no sé nada sobre él, salvo que lo hablan en la región andina, disfruto de sus nombres y apellidos. En ellos veo que estallan la “p”, la “t” y la “qu” (con sonido de “k”): Felipe Huamán Poma, Atahualpa Yupanqui, Alejandro Mayta, Ollanta Humala.

De todas las modas nominativas la que menos grata me parece es la que incurre en el abuso de rasgos extraños a nuestra lengua, algunos rayanos en el exotismo. Meter “k”, “h” intermedia, “w” o dígrafos en cualquier lado (como si a mí me hubieran puesto Jaimme, por ejemplo, sólo para obligarme a explicar toda la maldita vida que mi nombre se escribe con doble eme) es un preciosismo innecesario, lujo que al final parecerá pifia del registro civil.

En fin, digo lo anterior motivado por el extraño nombre de Princewill Chigozie Achinulo Ollerbides, quien de triunfar en el fútbol provocará que en el futuro muchos bebés sean bautizados como Princewill Chigozie Muñoz o Princewill Chigozie Vargas.

Milenio Laguna, enero 9, 2021

PALABRAS CON RENOMBRE

El escritor argentino Enrique Anderson Imbert es autor de este microrrelato titulado “Sadismo y masoquismo”:

“Escena en el infierno. Sacher-Masoch se acerca al marqués de Sade y, masoquísticamente, le ruega:

—¡Pégame, pégame! ¡Pégame fuerte, que me gusta!

El marqués de Sade levanta el puño, va a pegarle, pero se contiene a tiempo y, con la boca y la mirada crueles, sadísticamente le dice:

—No”.

Maliciosamente, la escena debe ocurrir en el infierno porque Donatien Alphonse François de Sade, mejor conocido en el bajo mundo de la filosofía como el Marqués de Sade, vivió en el siglo XVIII, y Leopold Ritter von Sacher-Masoch en el siglo siguiente, el decimonono. Sus apellidos sirvieron para crear un famoso par de adjetivos, “sadismo” y “masoquismo”, conductas que basan el goce, sobre todo venéreo, en el ejercicio de la violencia, sólo que la primera cuando es infligida y la segunda al recibirla, y ambas, se supone, con armónico placer. Son dos palabras que devinieron siamesas, pues ya decimos sado-masoquista, o sin guion: sadomasoquista, como si fuera una sola palabra, con el “sado” en función de prefijo.

Muchos nombres y apellidos de personajes importantes asimismo han generado un adjetivo que sirve para designar corrientes de pensamiento, épocas, conductas, rasgos, cualidades...: adánico, socrático, aristotélico, platónico, mosaico (de Moisés), virgiliano, ciceroniano, carolingio, dantesco, teresiano, cervantino, mozartiano, napoleónico, sorjuanino, bolivariano, goyesco, juarista, marxista, isabelino, freudiano, kafkiano, zapatista, villista, hitleriano, castrista, peronista, rulfiano, cortazareano... Digamos pues que este recurso es común: al nombre o al apellido se la añade un sufijo (ista, ino, esco...) que determina la relación del sujeto con la doctrina, la época o el estilo que le cupo en suerte, como pasa con don Porfirio, a quien le añadimos “ista” y da “porfirista”: “la moda porfirista”, “el militarismo porfirista”. No debemos olvidar que el paso del nombre propio al adjetivo obliga a eliminar la mayúscula: Madero-maderista, como sucede con los gentilicios: Torreón-torreonense.

Hay otras de uso más o menos común derivadas de nombres o apellidos: boicotear, por Charles Cunningham Boycott, a quien alguna vez boicotearon. Galvanizar, por Luigi Galvani, inventor de la galvanización. Algo parecido ocurre con Joseph Ignace Guillotin y el filoso verbo “guillotinar”. Por culpa de William Lynch, promotor de la justicia por mano propia en Virginia, EUA, nació el nada exquisito verbo “linchar”. La “mancerina”, que fue usada

años ha para tomar chocolate, debe su nombre a Pedro de Toledo y Leiva, marqués de Mancera, virrey del Perú. Dos apellidos rusos dieron como resultado nombres para un par de armas: el coctel molotov y el fusil kalashnikov, también llamado AK-47 (o sea, Automática Kalashnikova 1947, por Mijaíl Kaláshnikov, su inventor, y el año de su creación, el 47); no olvido decir que el AK-47 tiene en México un apodo que evoca narcocorridos: cuerno de chivo. En el caso del “coctel molotov” o “bomba molotov”, curiosamente no es invento de los rusos, sino de los fineses, que es la otra forma de decir “finlandeses”; gracias a este artefacto ironizaron con el nombre del ministro soviético Viacheslav Mólotov.

Dejo al final algunos apellidos usados como sustantivos mediante el recurso de la elipsis, o sea, de la omisión de una palabra o idea. Cuando decimos “compró un Stradivarius”, obviamos la palabra “violín” o “instrumento”, “compró un [violín] Stradivarius”. Lo mismo con “usaba una [máquina de escribir o una pistola] Remington”, “conduce un [auto] Ford” o “guardaré la sopa en el [recipiente] Tupper”, por Antonio Stradivari, Eliphalet Remington, Henry Ford y Earl Silas Tupper, respectivamente.

Milenio Laguna, enero 30, 2021

UNA EMBARRADA DE SUFIJOS

Tengo la oportunidad, o más bien el privilegio de trabajar con tres talleres de escritura, todos con distintos participantes. Además de la revisión de textos, allí trato de compartir algunas ideas sobre lo que en el trayecto de mi propia formación, en muchos sentidos autodidacta, he pescado aquí y allá con el ánimo de entender mejor los infinitos recovecos de la escritura. En esta como en cualquier otra materia uno jamás termina de aprender, es decir, en el arte de escribir el conocimiento no tiene lindes.

He comentado frecuentemente, por ejemplo, que hay palabras habilitadas por la publicidad o la tecnocracia política cuyo uso me reprimo, pues pienso que son novedades que desean hacerse las interesantes, las muy muy, pues el español ya contiene lo que se quiere expresar con ellas. O sea, son neologismos mamones, seudocultos, o bobos rizamientos del rizo. Un seudocultismo es “sinergia”, palabreja que ya va de salida y que jamás usé porque muy pronto la oí llenando la bocota, sobre todo, de políticos que con ella se querían pasar de sesudos (es un poco como el verbo “instrumentar” que en cierta época sobrepobló los discursos de innumerables demagogos). Llamo “retorcimientos innecesarios del rizo” a palabras como “accesar”, por “acceder”; “aperturar”, por “abrir”;

“repcionar” (de uso en el futbol), por “recibir”, y otras de la misma chafa hechura.

La política que recomiendo es pensar siempre en la necesidad o no de usar las palabras novedosas o los retorcimientos. Con frecuencia podremos advertir que no necesitamos esas maromas del lenguaje, que con las palabras que el español —lengua madura, lengua perfecta— ya tiene podemos bastarnos para expresar lo que nos apetezca. De manera exagerada digo, o me digo, que ya casi todas las palabras están en el Quijote, así que no es pertinente pasarse de creativos.

El español es tan rico, variado y elástico que durante sus poco más de mil años de existencia como hijo del latín se ha encanchado en la vida y casi solito puede resolver un montón de situaciones vinculadas con el habla y la escritura. Es exuberante en palabras, y a esas palabras se suman los matices de esas palabras expresados con elementos llamados prefijos y sufijos. Es decir, una palabra tiene un significado, pero a ella se le puede trepar otro, de modo que en una sola palabra pueden apiñarse varias sin atropellarse, sin estorbarse en su significado. Veo por hoy sólo el caso de los sufijos.

La sufijación es muy útil para asignar sentidos específicos a los sustantivos y adjetivos. Así, no es lo mismo caballo que caballero, o caballería que caballerango, es decir, a partir del radical “caball” el sufijo modifica el significado

de la palabra. Para algunos oficios es común el sufijo “ero”: jardín+ero, peluqu+ero, fontan+ero, tapiz/c+ero. También “ista”: electric+ista, mod+ista, contrat+ista, period+ista. O “dor”: avia+dor, carga+dor, reparti+dor, vela+dor, afila+dor. Igual “co”: mecáni-co, políti-co, cómi-co. técni-co. Y hay otras posibilidades, pero quedémonos con éstas por ahora. Pues bien, hace poco vi el negocio de un curandero y pensé que para designar a quien cura, el camino más fácil era añadir el sufijo “dor”, “cura+dor”, pero esa palabra parece haber quedado restringida al ámbito de las artes y otras actividades en las que alguien, un experto, un “curador”, valora, organiza, cuida y en general vela por la instalación adecuada de exposiciones de obras artísticas. Al tipo que “cura” espiritualmente, con remedios tradicionales o prácticas folclóricas vinculadas con la magia, le quedó pues la opción “curand+ero”, que es como se le designa popularmente, casi con el gerundio “curand” más el sufijo “ero”. El caso es que los sufijos modifican las palabras, introducen matices, enriquecen. Lo mejor es que los tenemos a la mano, son parte del español nuestro de cada día.

Por último, una vez oí que alguien designaba “durero” al vendedor de “duros”, una fritura callejera llamada así en La Laguna; pensé: “Durero”, y concluí que esta palabra ya estaba ocupada por el famoso grabador alemán de nombre Albrecht Dürer, es decir, Alberto Durero.

Milenio Laguna, marzo 27, 2021

PALABRAS PARA REGARLA

En el habla cotidiana e incluso en la escritura hay una permanente filtración de errores provocados sobre todo por la falta de esmero. Son varios y de muy diversa índole. Para no demorar su ejemplo, cito sólo quince casos útiles para regarla.

El adjetivo “álgido”, que significa frío, suele ser usado para enunciar lo contrario: “Estaba en el momento más álgido del combate”, un lugar común, por otro lado. Si bien el diccionario de la Real Academia admite su uso como “periodo crítico o culminante”, por su etimología (cercana a “gélido”) da una idea incongruente. Lo propio sería, tal vez, el “momento más tórrido del combate”.

Pingüe (abundante, copioso) es una palabra asombrosa. También es adjetivo, y algo tiene que obliga a pensar en pequeñez. La frase hecha es “obtuvo pingües ganancias”, donde significa “abundantes”, no “escasas”.

Una vez escribí “ilación” (“si seguimos la ilación de este argumento...”) y me indicaron que faltaba la “h” de “hilo”. No es así. Viene del latín “illatio” y significa “Acción o efecto de inferir una cosa de otra”.

Con tenaz frecuencia es mal usado el verbo “infligir” (“causar daño” o “aplicar un castigo”) y se permuta por “infringir” (“quebrantar leyes, órdenes”).

“Haber qué pasa” se usa erróneamente como verbo y no como locución adverbial (“a ver”): “Vamos a ver [a mirar] qué pasa”. Pese a ser monstruosa, esta pifia es de uso común en las redes sociales.

“Cónyuge” (que etimológica y trágicamente significa “compartir el mismo yugo”, cum, con+iugum, yugo) suele ser pronunciada “cónyugue”, con “u” intermedia. Hay que evitarlo y pronunciar la “g” como “j”.

Es despiadadamente usual que la interjección “ay” (“¡Ay, me pegué!”) sea escrita con “h” inicial, como si derivara del verbo haber: “¡Hay caray!”. Un horror.

Al adverbio “sobremanera” (“en extremo, muchísimo”), usado frecuentemente en la escritura que desea parecer culta, suele anteponerse la preposición “de”: “Me interesa de sobremanera”. Hay que quitarla: “Me interesa sobremanera”.

La locución adverbial “sobre todo” es escrita sin espacio intermedio: “sobretodo”, correcta cuando nos referimos a la prenda que lleva ese nombre: “Se puso el sobretodo y salió a la calle”. Cuando cumple funciones de adverbio es necesario separar: “Dijo sobre todo que no compraría un sobretodo”.

Dado que en el mundo académico mexicano hay facultades de Filosofía y Letras, algunos creen que son una sola carrera: “Quiero estudiar Filosofía y Letras”. Lo recomendable en todo caso es estudiar Filosofía o Letras, pues son dos carreras distintas.

“Adolecer” no es sinónimo de “carecer”: “Esa escuela adolece de buenos maestros”. Mal. El significado puntual de “adolecer” es “tener o padecer algún defecto”: “Ese médico adolece de negligencia”.

Alguna vez me dijeron que el Che Guevara era “reaccionario”, “porque reaccionó contra el imperialismo”. En el lenguaje de la política, la palabra “reaccionario” designa algo diametralmente opuesto al Che: “que tiende a oponerse a cualquier innovación”, casi como sinónimo de “conservador”.

Incluso a maestros he oído conjugar mal el verbo “forzar”: “Esto nos forza a cambiar”. Así parece italiano. Lo correcto es conjugarlo como se conjuga el verbo “colgar”: “cuelga” [note la “u”], no “colga”. “Esto nos fuerza [note la “u”] a cambiar”. Al verbo “soldar” le pasa lo mismo: no es “solda”, sino “suelta”: “Si el hueso no suelta [note la “u”], volveremos a operar”.

Al verbo “echar” con frecuencia se le adhiere “h” inicial. Tremendo yerro, pues nada tiene que ver con el verbo “hacer”: “Me voy a echar un café”. Las frases con este verbo suelen ser toscas: “Estaba echado en el piso”, “Voy a echarme una jeta”, “Se echó un pedo” y otras de peor envergadura.

“Control” y “carácter” son dos palabras a las que solemos cambiar la sílaba tónica. No es infrecuente oír, por influencia del inglés, “cóntrol” y “caracter” (en este último

caso quizá porque en plural la sílaba tónica se le recorre a “te”, “caracteres”). En todo caso, siempre debemos decir “control” (“Control-alt-suprimir”) y “carácter” (“A mi teclado se le estropeó el carácter ‘a’”).

Milenio Laguna, mayo 5, 2021

SARTA DE LOCUCIONES

Es relativamente fácil distinguir diferencias en el vocabulario del español hablado y escrito en las distintas regiones del mundo hispánico, y la comunicación actual nos muestra esos matices evidentes mediante películas y canciones, entre muchos otros productos. Más difícil es percibir cambios que están más allá del léxico, de la palabra aislada, en frases que alcanzan distintos grados de fijación y se convierten en formulaciones que aparecen y reaparecen en el habla cotidiana y la escritura informal. Al respecto he tratado de parar la oreja para detectar algunas locuciones que a mi parecer tienen un frecuente uso local, aunque por supuesto no descarto que también puedan aparecer en el habla de otros países.

La idea de detectar estas locuciones me nació hace algunos años, cuando un grupo de amigos argentinos me pidió que le explicara el significado de la expresión “ni modo”. Pensé, claro, que para los mexicanos es obvia, y me asombró no haber reparado en lo vago que podía resultar su inteligencia en un ámbito de comunicación distinto al nuestro.

Traigo pues, aquí, una sarta de expresiones recurrentes en nuestra habla. Insisto que no son palabras, sino frases, locuciones adverbiales, verbales o nominales. Por

limitación de espacio e incompetencia personal no agoto la descripción ni los usos de cada una. Casi me limito pues a enumerarlas, bordear su significado y dar un ejemplo de cada una.

A poco. Generalmente aparece como introducción de una duda dentro de una pregunta. “¿A poco no te gustó la sopa que preparé?”

Al ahí se va. Modifica sobre todo al verbo “hacer” cuando algo fue elaborado o ejecutado desprolijamente: “Todo lo hace al ahí se va” (es importante observar que el adverbio “ahí” se pronuncia sin acento: “ahi”).

Así como así. Expresa espontaneidad, que algo se hace sin tomar demasiados recaudos. “Entró a la fiesta sin invitación, así como así”.

De a tiro. Locución que intensifica ciertas afirmaciones, que las lleva al extremo de su significado: “Es de a tiro pobre”.

Hacer de pedo. Desafiar, reclamar, provocar por rechazo a alguien o a algo. “Llegó y la hizo de pedo porque no estaba lista su comida”.

Hecho la mocha. Rápida, veloz, diligentemente. “Salió hacia su casa hecho la mocha”.

Luego luego. Inmediatamente, sin solución de continuidad. “Llegó a la oficina y luego luego se puso a trabajar”.

Mero mero. La persona más destacada de un conjunto: “Es el mero mero de toda la oficina”.

Mira mira. Locución útil para mostrar escepticismo o criticar con cierta burla. “Mira mira, te crees muy culto”.

Muy muy. Ironiza sobre alguien presuntuoso. “Se cree muy muy, el que se viste mejor”.

Ni a cuál irle. Pone en entredicho la falta de un buen elemento entre varias opciones. “Ninguno de los jugadores es bueno, no hay ni a cuál irle”.

Ni modo. Frase de resignación ante cualquier tropiezo, adversidad o fatalidad. “Ni modo, se descompuso mi computadora”.

No le aunque. Expresión adversativa para marcar terquedad en un deseo o propósito. “Le pediré que sea mi novia, no le aunque me diga que no”.

No que no. Introduce una duda irónica en ciertas preguntas. “¿No que no te gustaban los camarones?” Hay otra parecida que enfatiza una afirmación “Iré a la fiesta, sí que sí”.

Por si las moscas. Marca una precaución, que un acto se realiza para evitar un contratiempo o desaguisado: “Compré otro neumático por si las moscas”.

Qué esperanzas. Exclamación que expresa expectativas nulas o bajas respecto de un propósito o deseo. “No terminará su carrera, ¡qué esperanzas!”

Qué le hace. Frase que mitiga o anula el peso, la importancia o el valor de una situación. “Qué le hace que no tengas dinero, vámonos de viaje”.

Quién quita. Locución que añade duda sobre el posible fracaso de una acción: “Vamos a reparar la silla aunque no tengamos herramienta, quién quita y quede bien”.

Tal por cual. Descalificación eufemística. “Nadie le presta dinero, todos sabemos que es un tal por cual”.

Va que va. Afirmación. “Me pidieron que ayudara y va que va, acepté”.

Milenio Laguna, junio 16, 2021

LA “A” DE RULFO

Puse en la voz de Julio Sosa el tango “Che papusa, oí”, escrito por mi ídolo Enrique Cadícamo, y reparé en el verso “de parla afranchutada” (que habla con estilo francés). El adjetivo deriva, claro, del verbo “afranchutar”, que a su vez proviene de “franchute”, deformación algo peyorativa de “francés”. La observación de esa palabra me llevó a recordar “¡Diles que no me maten!”, el famoso cuento de Rulfo, pues allí usa al menos cuatro palabras con esa “a” inicial que en ocasiones sirve para pasar de sustantivo a verbo y en otras como (o casi como) énfasis expresivo.

En efecto, en aquel relato Rulfo escribió “afusilarme” (fusilar), “apaciguarse” (quedar en paz), “arrastrado” (ser llevado a rastras), “arrinconado” (quedar en un rincón) y el extraño verbo “arrebiatado”, que no alcanzo a definir con precisión, pues la Academia señala que “rebiatar” es “Atar por el rabo”, pero en este caso no concuerda con el sentido que le dio el narrador jalisciense: “Y luego le hizo pelos al burro y se fueron, arrebiatados, de prisa, para llegar a Palo de Venado todavía con tiempo para arreglar el velorio del difunto”. Quizá significa “con rabieta”.

La “a” de Rulfo, como prefijo, está presente, pensé luego, en muchas palabras que se convirtieron en verbos muy

útiles: “atravesar” (pasar a través), “acobardar” (incurrir en cobardía), “acariciar” (prodigar caricias), “acomplejar” (adquirir complejos), “atormentar” (dar o sentir tormento) y muchas más.

El recurso parece ser en varios casos un rasgo del habla popular, tanto que no se puede saber (al menos yo no lo sé) el sentido preciso de la palabra base, aunque son de fácil inteligencia, claro, verbos como “alivianar” (hacer más liviano), “apendejar” (que es atontarse o atontar), “acomedir” (mostrar comedimiento), “arrejuntar” (juntar, en este caso las parejas sin que medie contrato civil o religioso), “ajusticiar” (hacer “justicia”), “agandallar” (tomar algo como gandalla, robarlo), “agüitar” (entristecerse, tener “cuitas”, o también aburrirse) “acabalar” (acabar), “acuclillar” (ponerse en cuclillas, como las gallinas “cluecas”), “arrempujar” (empujar), “apoquinar” (cooperar sobre todo con dinero, poner “un poco”) y más.

Hay, también, algunos enigmáticos: “arrecholar”, “amachinar”, “alebrestar”, “atarantar”, todos igualmente expresivos, no por nada los usamos tanto en la conversación diaria.

Milenio Laguna, octubre 27, 2021

BREVE ETIMOLOGÍA ANIMAL

Siempre he tenido curiosidad por la etimología. No soy especialista, pero a lo largo de mi vida como lector he chapoteado en esa laguna con el mismo gusto de un niño bien dispuesto a divertirse. Etimología viene del griego “*etymos*”, “verdadero”, y “*logos*”, en este caso “palabra” o “expresión”; así pues, la etimología de la palabra “etimología” es “expresión o palabra verdadera”. Ahora bien, no nos vayamos con la finta: una cosa es la etimología y otra es la realidad; es decir, aunque *etimología* significa lo que significa no necesariamente debemos ceñirnos a sus raíces para, hoy, entender algo en sentido estricto. En otras palabras, no hay que incurrir en el error de la “etimologización”, como la llama Luis Fernando Lara, quien da el ejemplo de la palabra “considerar” (etimológicamente “examinar los astros en busca de augurios”, de “con”, “junto”, y “sider”, “astro”), usada ya no para lo que propone su etimología, sino de manera más general: “reflexionar con atención y detenimiento para formar una opinión sobre algo”.

Visto lo anterior, pienso en algunos nombres de animales comunes cuya etimología no nos deparara un asombro. Por ejemplo, “perro” es, según el más famoso etimólogo de nuestra lengua, el catalán Jean Corominas, una ono-

matopeya, es decir, una palabra relacionada con un ruido, en este caso del gruñido “perr-perr”. Dado que no tiene relación con otras lenguas cercanas como el latín (“canis”), el francés (“chien”), el portugués (“can”) y el vasco (“txacur”), se cree que su origen es prerrománico, o sea, de alguna de las lenguas que se hablaban en la península ibérica antes de la llegada de los romanos.

“Gato” es de origen incierto, quizá afroasiático, y es notable el parecido que guarda esta palabra en varios idiomas: “gat”, “chat”, “cat”, “gatto” y “gato”, respectivamente del catalán, francés, inglés, italiano y portugués.

En cuanto a “caballo”, del latín “caballus”, también tiene una etimología borrosa. Se cree que proviene del céltico o quizá balcánico. Lo cierto es que, dada la importancia y la belleza de este animal, se ha desplegado en un abanico amplio de palabras aledañas: “caballero”, “caballería”, “cabalgadura”, “caballerango”, “caballada”, “caballete”, “caballuno”, “cabalgar”...

Del latín “vacca” tenemos “vaca”, cuya palabra derivada más famosa es “vacuna”, dado que la primera vacuna se desarrolló a partir de una viruela producida por las vacas, acierto científico que le debemos al inglés Edward Jenner.

Las palabras de animales que más me gustan son aquellas que en su misma etimología contienen una especie de descripción. Por ejemplo, “rinoceronte”, que viene de “rinos”, “nariz”, y “ceros”, “cuerno”, es decir, animal

que tiene un “cuerno en la nariz”, que es casi como decir “unicornio”. También es curiosa en este sentido la palabra “hipopótamo”, configurada en dos partes: “hippos”, “caballo”, y “potamos”, “río”, es decir, “caballo de río”. Genial es “murciélago”, de “mus” o “mur”, “ratón”, y “caecus”, “ciego”, o sea “ratón ciego”. Por último, ornitorrinco, de “ornis”, “ave” o “pájaro”, y “rinchos”, “pico”, lo que parece un pleonasma, pues todas las aves tienen pico; lo que observa esta palabra es, al contrario, la condición excepcional de un mamífero con pico, ya que el ornitorrinco es esto.

Sea este breve viaje por la etimología de algunos nombres de animales para recordarlos, es decir, para traerlos nuevamente al corazón, que eso significa “recordar” (“re-cordis”, “traer de nuevo al corazón”).

Milenio Laguna, mayo 21, 2022

PALABRAS AGAZAPADAS

Nos asaltan en cualquier conversación, aparecen en el habla como chispazos de ingenio y con el tiempo puede ocurrir que adquieran carta de permanencia hasta convertirse, algunas, en lugares comunes, en pinchazos que por desgaste terminan perdiendo el brillo de su inicial sorpresa. Las llamo “palabras agazapadas”, expresiones que laten ocultas en otras palabras y a la menor provocación emergen para asestar una humorada. Todas tienen un fin burlón o minusvalorativo, son puñaladas contra algo o contra alguien.

Pueden ser, técnicamente, calambures o metátesis, pero lo de menos es su categorización retórica. Lo demás es su malicia. Traigo diez ejemplos. Con ellos quedará más claro, supongo, el sentido de este apunte.

Uno. En alianza con el subprocurador Pablo Chapa Bezanilla, cuando la vidente Francisca Zetina, alias la Paca, dizque descubrió el cráneo del diputado Manuel Muñoz Rocha en el predio El Encanto, no faltó que la apodaran con un juego de palabras que raya en lo sublime: Paquita la del Cráneo.

Dos. Siempre se supo del grupo famoso por controlar toda la política en el Estado de México. Se le conocía como Grupo Atlacomulco. El guiño de malicia fue in-

evitable, y la palabra agazapada salió a la luz: Grupo Atracomulco.

Tres. Una avenida nunca bonita de Torreón es la Presidente Carranza. Apoyados en esto, los cábulas de acá rebautizaron con un puyazo devaluatorio: avenida Pestilente Carranza.

Cuatro. Ciertos columnistas famosos por asestar golpes, periodicazos, provocaron que sus víctimas se refirieran a esos espacios con una palabra agazapada: “¿Viste lo que publicó fulano en su calumnia?”

Cinco. De un ingenio desbordado es la frase que bajaba el precio a los trabajos de difusión cultural emprendidos por el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, cuando existía. Los malos lo rebautizaron Consejo Nacional para la Costura en las Tardes.

Seis. Oí de Gilberto Prado esta expresión también genial. Al referirse a pedir un “permiso sin goce de sueldo” en la chamba, transfiguró esta fórmula laboral a “permiso chingoce de sueldo”.

Siete. La palabra “taquete” obviamente tiene algo de relación con “taco”. Con base en esta asociación, alguna vez escuché que Alfredo Máynez hablaba de cenar unos “taquetes de triplay”, donde se vinculan de maravilla los campos semánticos del mundo maderero y de los tacos de tripas.

Ocho. También en el universo taquil, una vez me invitaron al restaurante Juanchorrey, sitio donde sirven tacos

de excelente calidad. Quien me convidó hizo la broma: “Te invito a la taquería Juanchorrillo”.

Nueve. Hubo aquí una poeta a la que algunos lectores no consideraban eficaz, sino todo lo contrario. A diferencia de Sor Juana, “La Décima Musa”, aquella mujer fue considerada “La Pésima Musa”.

Diez. Célebre por su cerrazón a ultranza, por su conservadurismo ubicable en la prehistoria de la humanidad, un cardenal mexicano fue rebautizado como “cavernal Juan Sandoval”. Otra genialidad.

Milenio Laguna, junio 11, 2022

POLICÍAS Y REDACTORES

En la escritura se cae con frecuencia en el uso de una sinonimia delirante. Como la repetición de palabras en un texto dizque es un delito castigado con cárcel sin derecho a fianza, muchos redactores, sobre todo de la prensa, incurren en el hábito de usar neologismos o parir sinónimos muy poco elegantes, algunos más desagradables que patada en los destos. El periodismo policial antiguo era especialmente diestro en el manejo de esta fealdad, y buscaba sinónimos y cierto caló para evitar la reiteración de palabras o por un pretendido eufemismo que jamás llegó a eufimizar nada. Creo que tal pobreza se ha mitigado —o quizá ya no exploro noticias de esa índole—, pero como hace años leía la nota roja no he olvidado algunas palabras de la jerga periodístico-policial. Comparto algunas.

Aletero. Antes casi todos los autos tenían “aletas”, el triangulito de cristal que, al moverlo, permitía un mejor flujo de aire al interior del carro. Cuando las pertenencias de un vehículo eran robadas, muchas veces se debía a que los ladrones forzaban una aleta, metían la mano y abrían la puerta, de allí que fueran “aleteros”.

Amasia. Cuando la compañera o amante de un sujeto implicado en cualquier delito aparecía en la nota roja, sin falla era una “amasia”, palabra que en sí misma suponía el

pecado de no ser la esposa casada de blanco en un ritual católico, apostólico y romano.

Chacal. Si algún tipo perpetraba crímenes con barbarie extrema, un poco en la modalidad de los asesinos seriales a la mexicana, era indefectiblemente considerado un “chacal”.

Chafero. Fue el vendedor de objetos de poco valor, chafas, pero ofrecidos como si fueran de lujo. Las “joyas” eran su producto insignia.

Coscorroneo. Llamaban así a quienes de madrugada abrían, para robar, un agujero en el techo de cualquier negocio, es decir, le propinaban un metafórico coscorrón en la coronilla (“Los coscorroneos robaron joyas y dinero”)

Cristalazo. Quienes rompían un aparador cometían esto, un “cristalazo”; obviamente no lo tronaban por vandalismo ocioso, sino para robar.

Ergástula. Una de las palabras más espantosas de nuestra lengua. Se supone que equivale a cárcel.

Fardera. Oficio que consistía en robar prendas, sobre todo íntimas, de las tiendas; ignoro por qué fue una ocupación exclusivamente femenina.

Fémica. Horrible sinónimo de “mujer” usado en la prensa criminal (“Declaró que a esa hora bailaban algunas fémicas en el lugar”).

Finca. Después de usar “casa”, “negocio”, “edificio”, “residencia”, el periodista se sentía indefenso y apelaba a

este sinónimo genérico de la prensa roja: “finca” (“Cerca de las once de la noche comenzó el incendio de la mencionada finca”).

Galeno. Lo escribo y se me retuercen las tripas. Fue uno de los sinónimos más socorridos por la necesidad periodística (“Según el galeno, la herida interesó órganos vitales de la víctima”).

Mariposero. No sé por qué, pero así fue llamado el ladrón de bicicletas del neorrealismo lagunero.

Nosocomio. Otro nauseabundo. Se supone que es una forma elegante de decir “hospital” (“El lesionado fue atendido en un nosocomio de la localidad”).

Parroquiano. Los asistentes a todo bar, cantina, lupanar, piquera, similares y conexos, todos eran, siempre, “parroquianos”.

Milenio Laguna, agosto 20, 2022

PALABRAS ABRAZADAS

Sé que en el inglés y en otros idiomas como el alemán hay muchas palabras compuestas, es decir, armadas con dos palabras que funcionan como unidad, como si fueran una sola. Es el caso de “scarface” (caracortada) o “Volkswagen” (auto del pueblo), del inglés y alemán, respectivamente. El español no tiene tan marcada esta tendencia, pero claro que también se da. Por ejemplo, “brincacharcos” (pantalón sin el largo adecuado), “tumbaburros” (diccionario), “solovino” (nombre dado genéricamente a los perros que llegan solos). Las hay también de tres términos: “tentempié” (bocadillo, tente+en+pie), “enhorabuena” (felicitación, en+hora+buena), e incluso de cuatro: correveidile (chismoso, corre+ve+y+dile). Hay algunas en las que no se nota el aglutinamiento: “mentecato” (mente+captus, tomado de la mente) o “cantimplora” (canta+y+llora).

Varias palabras de este tipo sirven para nombrar objetos (“sacapuntas”, “abrelatas”) o también para referirse a cierto tipo de personas. Enumero rápido estas doce usadas para designar por aspecto, personalidad, rango y demás.

Buscapleitos (también *buscabullas*). No necesita ampliación. Es aquel sujeto caracterizado por meterse en problemas, sobre todo en enfrentamientos gratuitos.

Chavorruco. Muy de moda, palabra compuesta por dos mexicanismos: “chavo”, joven, y “ruco”, viejo. O sea, aquel viejo que defiende su adolescencia hasta límites que rayan peligrosamente en el ridículo. Ojo: debemos escribirla con doble erre, no “chavoruco”, que se oye como si la pronunciara un chino.

Chingaquedito. Tipo que molesta a los demás de manera sutil y acumulativa, no necesariamente frontal, es decir, que de tiempo completo gotea indirectas, ironías o sarcasmos.

Gordibuena. También de moda. Cierta tipo de chica más o menos abundante de carnes, de silueta voluptuosa y, por qué no decirlo, seamos sinceros, tentadora.

Malacopa. Bebedor que se va poniendo agresivo a medida que avanza la ingesta de alcohol. En México todos tenemos un tío con esta temible peculiaridad.

Mandamás. Jefe, patrón.

Moscamuerta. Hipócrita, que da la impresión de no dañar o aspirar a nada y en el fondo abriga propósitos ambiciosos y/o lesivos.

Nalgapronta. Que se ofrece o cede fácilmente ante las posibilidades afectivas o venéreas.

Pelatunas (también pelagatos). Don nadie, sujeto sin solvencia material.

Pioresnada. Sujeto que queda como última opción, casi casi agarrado en oferta para algún entrevero amoroso.

También podríamos escribirlo “peoresnada”, pero la tendencia mexicana a la diptongación ha terminado por deshacer el hiato “peor” y convertirlo en “pior”, como “trapiar” por “trapear”.

Sabelotodo. Tipo que se las da de (o de veras es) erudito en cualquier materia. Puede ser usado con y sin ironía mediante.

Tragadeoquis. Persona sin utilidad, que no deja ningún provecho o que muestra una gran voracidad alimenticia sin encarar después algún acto productivo.

Milenio Laguna, agosto 27, 2022

HIJAS LEGÍTIMAS

Hay palabras que esconden muy mal a otras palabras, es decir, que dejan ver con claridad de dónde derivan. Es el caso, baste este pobre ejemplo, de “cuaderno”, que a las claras deja ver que se refiere a “cuatro”, a “cuadro”, por sus lados (no así de “senado”, que logra ocultar muy bien su origen en “senex”, “senil”, “viejo”). Y así varias de uso común en las que, creo, no reparamos mucho para advertir que son como hijas legítimas, evidentes, de una palabra matriz. Traigo diez ejemplos de palabras que son hijas evidentes de otras.

Caminar. Este verbo tiene que ver con una acción que desarrollamos por el “camino”, de donde se origina.

Carretera. Parecida a la anterior, tiene que ver con “carreta”, con “carro”.

Circo. Es palabra de origen latino, y deriva de “círculo”, que era la forma que tenía el circo romano como edificación. Es la misma idea presente en “ring”, “anillo”, que pese a que hoy tiene forma cuadrada en el box y la lucha libre, se le sigue llamando “ring”.

Mareo. Es la sensación de navegar en el mar. A los mapas antiguos les llamaban “cartas (de ahí ‘cartografía’) de marear”, o sea, mapas para andar en el mar. Una palabra similar es “náusea”, que es el sentimiento de asco pro-

ducido por navegar en una “nao”, en una embarcación. De allí también se forma “náufrago”, de “nao”, “nave”, y “frangere”, “romper”. “Frangere” también genera “frágil” y “fragmento”.

Pelear. Agarrarse de los “pelos”, eso es “pelear”.

Persianas. Objeto derivado de la palabra “Persia”, pues allá se supuso su origen.

Portada. La “portada” es la “puerta”, en este caso de un libro.

Secretario. En la palabra “secretario” está “secreto”, por la relación de confidencialidad que debe mediar entre un secretario y su jefe.

Tenedor. Vemos aquí el verbo “tener”, “detener”. A los contadores de antes les llamaban “tenedores de libros”.

Ventana. Tiene un obvio aire de “viento”. La ventana es por donde pasa el viento.

Milenio Laguna, noviembre 16, 2022

DIEZ NIPONISMOS

Suelo eludir esa gastronomía, pero hace poco caí en un restaurante de comida japonesa y al ver su menú noté que varios de los ofrecimientos eran expresados con un —así lo llamaré tentativamente— niponismo, es decir, con una palabra japonesa. Pensé entonces en las que de tal origen se han incorporado a nuestra habla y ya son parte del léxico no especializado que usamos en la vida cotidiana. Allí mismo, frente a mi hija, armé la lista de los que recordé y de paso pude hacerle un brevísimo resumen de este fenómeno lingüístico: un país económicamente poderoso, como Japón, exporta no sólo sus productos, sino también su cultura, y con ella sus palabras. Al contrario, y dado que Somalia no nos influye en lo económico, no tenemos un solo “somalismo” en nuestra habla.

Las primeras palabras que se arraigaron entre nosotros fueron marcas comerciales, casi todas asociadas al mundo de la tecnología: Nissan, Sony, Mitsubishi, Sanyo, Toshiba, Toyota, Honda, Kawasaki, Suzuki, Mazda, Isuzu, Subaru... Luego llegaron las de índole más cercana a lo cultural. Ordenadas alfabéticamente, estas son sólo diez que, creo, usamos e identificamos de manera ya natural en nuestra habla:

Geisha. Literalmente significa “persona de las artes”, es decir, que se dedica al entretenimiento musical, narrativo o dancístico.

Godzilla. Uno de los personajes ficticios más famosos de la cultura japonesa. Descrito como un gran dinosaurio.

Kamikaze. “Viento divino”, asociado hoy en occidente con los ataques suicidas japoneses de la Segunda Guerra.

Karaoke. Palabra compuesta derivada de kara, “vacío”, y oke, abreviatura de “orquesta”, orquesta que toca en el vacío.

Karate. Igualmente, la parte kara significa “vacío”, y te, “mano”, mano vacía, como se practica esta y otras artes marciales.

Kimono. Prenda tradicional japonesa, significa “cosa para usar” o simplemente “prenda”, aunque sabemos que su uso y sus características son mucho más que eso.

Manga. Historieta japonesa.

Sake. Bebida alcohólica derivada del arroz.

Samurai. Guerrero japonés. En México fue el apodo del cantante Pedro Vargas (“el Samurai de la canción”), de ahí que la palabra sea usada desde hace mucho por acá.

Sushi. Platillo preparado con arroz, el más popular en el mundo de la cocina japonesa.

Tsunami. Maremoto.

Milenio Laguna, enero 11, 2023

LEER ESPAÑOL VIEJO

Una de las literaturas que más pasa inadvertida para el lector actual es la escrita en español antiguo. Ciertamente, muchos escritores del pasado encararon la hechura de sus obras con retorcimientos propios de la época, pero en general, con un poco de esfuerzo, podemos acceder a tal retórica sin menoscabo del sentido. El esfuerzo, si se da, rinde además frutos distintos y apreciables, pues gracias a la escritura antigua nos hacemos de referencias sobre la cultura del pasado que de otra manera no conoceríamos de manera tan directa. La dificultad es cuádruple, cierto, pero salvable con un pizca de voluntad: la ortografía, el léxico, la sintaxis y la cosmovisión de quien escribe.

Narro una experiencia al respecto. En vacaciones mi hija más chica leyó *Breves amores eternos*, libro de cuentos de Pedro Mairal. Me informó que entendió todos los relatos, salvo uno titulado “Amazonia”. Vi que la dificultad de esa pieza radicaba en el hecho de que fue escrita en clave paródica, con el estilo de las crónicas de Indias, es decir, de los textos que escribieron navegantes, conquistadores y misioneros durante la colonización del llamado Nuevo Mundo. Le expliqué, releímos en voz alta y creo que notó la diferencia: un poco de empeño nos ayuda a

entrar en ese “tono” y entenderlo mejor. Luego le leí, explicado, este pasaje del *Diario* de Colón relativo al primer día de los europeos en el continente que décadas después sería denominado América:

“Ellos no traen armas ni las cognosçen, porque les amostré espadas y las tomavan por el filo y se cortavan con ignorança. No tienen algún fierro; sus azagayas son unas varas sin fierro y algunas d’ellas tienen al cabo un diente de peçe, y otras de otras cosas. Ellos todos a una mano son de buena estatura de grandeza y buenos gestos, bien hechos. Yo vide algunos que tenían señales de feridas en sus cuerpos, y les hize señas qué era aquello, y ellos me amostraron cómo allí venían gente de otras islas que estaban açerca y les querían tomar y se defendían”. ¿No se entiende? La ortografía, la sintaxis y el contexto cultural son claros, y en todo caso sólo hay que aclarar tres posibles dudas concernientes al plano del léxico: azagaya=flecha, peçe=pez y “feridas=heridas”. Fuera de esto, todo es completamente asequible y revelador.

Milenio Laguna, abril 19, 2023

ÍNDICE

- Presentación | 5
- Terquedad del náhuatl | 7
- Nombres, nombres | 10
- Palabras con renombre | 13
- Una embarrada de sufijos | 16
- Palabras para regarla | 19
- Sarta de locuciones | 23
- La “a” de Rulfo | 27
- Breve etimología animal | 29
- Palabras agazapadas | 32
- Policías y redactores | 35
- Palabras abrazadas | 38
- Hijas lejítimas | 41
- Diez niponismos | 43
- Leer español viejo | 45

Voces de la calle, de Jaime Muñoz Vargas, fue impreso en octubre de 2023. La edición estuvo al cuidado del Centro de Difusión Editorial de la Universidad Iberoamericana Torreón.

VOCES DE LA CALLE corresponde al número 5 de una serie de cuadernillos preparada en el seno del Taller de periodismo opinativo dependiente del Centro de Difusión Cultural de la Universidad Iberoamericana Torreón. Los textos —artículos, reseñas bibliográficas y algunas crónicas— han sido en su mayoría parte de las colaboraciones que alimentan las columnas periodísticas que la Ibero Torreón sostiene semanalmente en los diarios *El Siglo de Torreón* y *Milenio Laguna*. Se trata, por ello, de aportaciones breves en las cuales, como es posible advertir en las propuestas de Jaime Muñoz Vargas, se reflexiona sobre temas de interés general con un ánimo divulgativo. Cada autora, cada autor seleccionó y curó los contenidos de su propio cuadernillo, y hemos querido dedicar todo el conjunto a la memoria del ingeniero Héctor Acuña Nogueira, SJ, pues en 2014, durante su rectorado, comenzó el trabajo del Taller de periodismo de opinión.

JAIME MUÑOZ VARGAS (Gómez Palacio, Durango). Escritor. Ha publicado más de veinte libros, entre ellos *Las manos del tahúr*, *Ojos en la sombra* y *Grava suelta*. Ha ganado siete premios nacionales de literatura como el de novela Jorge Ibargüengoitia y el de cuento San Luis Potosí. Textos suyos han aparecido en publicaciones de México, Argentina, Chile, Colombia y España. Coordinador editorial de la Ibero Torreón y columnista del diario *Milenio Laguna*.

CUADERNOS DEL TALLER

5

